

CONTESTACIÓN
de
DON NICOLÁS E. NAVARRO

Señores:

Es en verdad muy grato para el patriotismo el ver cómo la justicia histórica va dictando con el debido acierto sus fallos acerca del Libertador; es sobremanera satisfactorio comprobar cómo se va destacando esa figura admirable, depurados ya todos los criterios y disipada toda la humareda de las pasiones, para ofrecerse ella sola, en la maravillosa unicidad que le corresponde, envuelta en los purísimos fulgores de su estupenda grandeza.

Bolívar fue indiscutiblemente el predestinado de la Providencia para la magna empresa de la emancipación de América, y por eso no fueron las simples dotes de un Caudillo vulgar las que moldearon su capacidad, ni fue la ordinaria fortaleza de los ambiciosos de mando lo que templó su carácter y vació la energía de su voluntad. Su visión fue siempre la visión genial de los destinos de un Mundo; su esfuerzo tendió de continuo a la efectuación de un plan de Naciones que nada tuviera de común con las miras limitadas de caciquismos más o menos rurales; su vuelo se lanzó raudo hacia lo porvenir, a fin de que en el transcurso de los tiempos pudiera lograrse en plenitud el propósito que las circunstancias impropicias del momento y la brevedad ineluctable de toda vida de hombre impidieranle materialmente ejecutar.

Basta una simple ojeada sobre la vida del Libertador para apreciar la inmensa superioridad del espíritu que le animó y advertir que vino a la tierra con una de esas misiones que sólo pocos han desempeñado en ella: para consumir acciones que harían resonar su nombre en todo el ámbito del mundo, para conquistarse una gloria que, como el testimonio de los cielos de que habla el Vate sagrado, perpetuándose de siglo en siglo harían de él uno de los más auténticos representativos de la grandeza humana. *In universam terram exivit sonus eorum, et in fines orbis verba eorum.* Su inquietud de todos los días estuvo en la realización inmediata de la obra material de la Independencia; pero ni por un solo instante perdió jamás de vista la finalidad trascendental de su designio, ni siquiera por un momento se rebajó a confundir el ideal que le atormentaba con los imperativos de un interés personal y egoísta. El hombre que en el fragor de los combates y en las alegrías de la victoria es hostigado por el pensamiento de establecer acto continuo el orden legal y proveer a la más apta organización de la República; el hombre que entre los fracasos de la contienda y la zozobra espantosa de las nuevas campañas, dicta la carta de Kingston y planea una constitución en la cual exprime el más acendrado concepto de gobierno (utópico a fuerza tan sólo de ser perfecto) que un cerebro privilegiado pudiera cavilar; el hombre que, sin desconcertarse por las aclamaciones del supremo triunfo ni dejarse alucinar por las sugerencias más halagüeñas, persiste sólo en imaginar el mejor estatuto político para las patrias que ha creado y en promover el gran congreso anfictiónico que haya de ser su perpetua garantía de paz y estabilidad: ese hombre, digo, no pertenece a la categoría de los caudillos de pueblos que la suerte hace surgir y que acaso entran en planes secundarios de la Divinidad sobre la marcha de las naciones; ese hombre alcanza el grado más alto en la escala del destino, él lleva en la frente los destellos luminosos de Moisés, libertador y legislador de su raza, y su obra y su influjo no va a tener la escasa duración de su efímera existencia temporal, sino que subsistirá de progenie en progenie como la perenne fuente de eficacia para el desarrollo y civilización de un hemisferio.

Por eso Bolívar fue incomprendido: la magnitud de su empeño tenía que agobiar a los demás, el fulgor de su genio tenía que ofuscar a quienes, sólo movidos de soberbia, podían intentar igualársele: por donde, ya que no fuese posible subir hasta él, era menester rebajarle al nivel de la pequeñez de los

ambiciosos vulgares. Es la eterna historia de todos los escogidos. Cual otro Moisés, Bolívar tuvo que sacar de la servidumbre a su pueblo a pesar de las resistencias que en este mismo pueblo hallara; y ¡cuántas veces viose obligado, como el portentoso Conductor de Israel, a cubrir el relampagueo de su frente, para que su acción fuese recibida y, mientras se le perdonaba su superioridad, se obtuviera el beneficio que de ella dimanaba! Esa es, repito, una historia eterna, y siempre habrá que recordar, ante el aparente fracaso de los hombres que traen al mundo un encargo superior para con sus semejantes, esta divina palabra: *a lo suyo vino y los suyos no le recibieron*. Pero ese aparente fracaso será también el signo de su definitivo triunfo, y aun cuando el hombre desaparezca, como desapareció Bolívar, creyendo perdida toda la virtualidad de su magnánimo esfuerzo, la posteridad se encargará, como lo está haciendo con Bolívar, de ofrecerle la cosecha opima del ideal en cuyas aras se inmoló.

Pero Bolívar no fue solamente un incomprendido, Bolívar fue único. Él no tuvo colaboradores, en la rigurosa acepción de la palabra: los adalides que le acompañaron en la ejecución de la magna gesta no pudieron compartir toda la alteza de su inspiración, y no fueron sino los órganos más o menos adecuados para la consecución inmediata y material del fin propuesto. No es lícito escatimar a ninguno de nuestros héroes el mérito de sus hazañas, y locura sería negar la parte efficientísima que a tales proezas corresponde en la obra emancipadora. Pero es preciso convenir en que no fue ésta sino tarea de auxiliares, y, no pocas veces, auxiliares estorbosos; preciso es convenir en que una mejor inteligencia de la finalidad última de la empresa y una mayor docilidad para llevarla a término, habríanla facilitado infinitamente y no se habría retardado sobremanera la segazón de sus beneficios. Esa clara inteligencia y esa recta voluntad sólo Bolívar las poseyó, y por esto no es la menor, entre las grandes virtudes que en él resplandecieron, la de esa constancia inquebrantable en su propósito, por medio de la cual venció toda la índole bravía de sus subalternos y llevó a feliz remate la jornada, a despecho de los obstáculos que tantos Aquiles iracundos le interpusieran. Yo no puedo menos, por tanto, de suscribir en este punto el juicio de un eximio publicista que, siguiendo con cariño la vida del Libertador para esclarecer el concepto de su ideal político, dice lo siguiente:

"Washington no tuvo que pasar por sobre los cadáveres de sus subalternos sediciosos o traidores, ni luchó contra sus propias hechuras, ni tuvo que adaptar formas de gobierno, y tuvo siempre a su lado hombres iguales moral e intelectualmente, si no superiores a él; en aquellas colonias confederadas no había abogados, ni políticos, ni publicistas que pensaran en engrandecerse a sí mismos empequeñeciendo a la Patria; el Jefe del Norte no tenía que sacrificarse en aras del venturoso porvenir de la Nación, al paso que Bolívar tenía que remover obstáculos de todas clases, vencer ambiciones personales desmedidas e injustas, reprimir revoluciones, dignificar a un pueblo abyecto, enseñar la libertad a gentes sin preparación para ella. Bolívar fue el cordero emisario que soportó sobre sus hombros los contrarios intereses de los partidos políticos."

Mas ya el fallo supremo está dictado: la voz infalible de la justicia ha resonado en toda la tierra, y la gloria imperecedera de Bolívar recibe día tras día el testimonio de la consagración universal. Todos cuantos prestaron su concurso en la Epopeya han sido honrados con el galardón que merecieron: la trompa de la fama ha pregonado clamorosamente sus hazañas, y la gratitud pública no ha sido parca en rendirles sus brillantes homenajes: ahora reposan en la plácida sombra de sus campos elíseos, custodiados por el recuerdo admirativo de la posteridad y grabados sus nombres para siempre en el álbum sacrosanto de nuestros antepasados. Sólo la figura de Bolívar trasciende de esa región umbrosa, y se eleva hasta el cénit en este cielo de los que viven, y se transforma cada día de claridad en claridad, mientras mejor se contemplan los diversos aspectos de su múltiple personalidad, siendo así el estímulo perenne de nuestra aspiración al logro de la grandeza patria, el talismán viviente de nuestra esperanza de un futuro cada vez más venturoso.

Nuestro nuevo colega, el doctor Cristóbal L. Mendoza, está plenamente impregnado de estas ideas: el discurso suyo que acabáis de oír lo prueba hasta la evidencia. Ni podía ser de otro modo: de abolengo le viene el culto del Libertador y en el seno de su ilustre hogar supo aprender el precio por la sublime excelencia del Padre de la Patria. Si hubo entre los Próceres de la Independencia uno que fuese capaz de vislumbrar toda la amplitud del pensamiento bolivariano, ese fue el insigne patricio D. Cristóbal Mendoza; si hubo alguno que procediera con decisión siempre igual y con lealtad incorruptible a prestarle la ayuda de sus nobles aptitudes, ese fue el preclaro Gobernador Político a quien tocó en suerte la honra de conferir el título de Libertador al hijo prodigioso de Caracas. Nuestro nuevo colega, pues, acaudalado ya con ese haber patrimonial, ha sabido acrecerlo con la labor de su estudio, y la acucia de su investigación, y la luz de su talento. Ya de estudiante daba gusto verle internarse osadamente en la enmarañada selva de nuestros acontecimientos históricos, hasta cuando se atrevía a campar por su respeto en materia de juicios y conclusiones acerca de ellos. Y aunque dominado luego por los afanes de la vida y por las obsesiones de la carrera profesional, hurtarle ratos pudo a esas tareas para espigar en los campos de la patria historia y exhibir los aciertos de su criterio sobre problemas políticos americanos. Díganlo sus magistrales artículos como Redactor en Jefe de "El Tiempo" por los años de 1909 y 1910; dígalos su precioso discurso de 1925 en la Academia de Ciencias Políticas y Sociales (de la cual es miembro fundador y fue el primer Secretario, nombrado entonces a perpetuidad) con motivo de la recepción del Embajador del Perú, Don Juan F. Pazos Várela, como miembro correspondiente extranjero del mismo Instituto; dígalos su bella actuación en el Centenario del Congreso de Panamá, a cuya celebración asistió en 1926, como Delegado por Venezuela. Por cierto que es tema preferente de su alabanza al genio de Bolívar, y a muy justo título en verdad, el designio de aquella liga anfictiónica cuyo primer cumplimiento, sólo en apariencia malogrado, fue el supradicho Congreso de Panamá. Sí, malogrado en apariencia, porque tamaño propósito no era para completarse en sus días, sólo en un lejano porvenir devendría ello practicable, y por esto ahora comenzamos a ver un bosquejo de su feliz realización. El doctor Mendoza ha entendido toda la trascendencia del pensamiento bolivariano, y con la perspectiva de un espíritu selecto, percibido la significación del gesto consumado por el Libertador al lanzar la convocatoria para la anfictiónica asamblea. En su discurso de hoy, él razona de nuevo brillantemente sobre el particular, y yo considero que ningún comentario más oportuno podrían tener sus ideas que esta palabra que acaba de pronunciarse en la apertura de la Sexta Conferencia Panamericana, por el señor Coolidge, Presidente de Norte-América, y la cual, sin hipérbole, se ha escuchado hasta en los confines más remotos del globo terráqueo: "El propósito del Primer Congreso Panamericano que se reunió en Panamá hace cien años, nunca ha sido olvidado, ¡y podemos decir que de ese acontecimiento data una institución permanente!".

Harto placentero me es, doctor Mendoza, daros la bienvenida en nombre de la Academia Nacional de la Historia, como a Individuo suyo de Número, y en grado aún mayor me regocija el aseguraros que es con el más puro afecto y la efusión más ingenua de compañerismo como os estrechamos en el clásico abrazo de enhorabuena.